

## 16

**H**oy ha sido declarada la huelga de camareros, mozos de restaurantes, cafés y similares. Casi todos los establecimientos del gremio han alzado sus cierres, pero en el interior se ve actuar a los propietarios o parientes de éstos.

Los huelguistas recorren las calles e investigan la identidad de los camareros ocasionales que actúan en cada local; vigilan escrupulosamente, para evitar el esquirolaje.

En la calle de Preciados dos esquiroleros recalcitrantes han sido violentados por los huelguistas, habiendo tenido que intervenir la fuerza pública. En la Corredera Baja un bar ha sido asaltado y abofeteado su irascible dueño. En otro café céntrico el espejo de un escaparate ha sido convertido en estrella.

A las nueve y media de la mañana la tranquilidad en el salón de té es relativa. Los camareros llegaron a su hora, pero, sabedores de lo perseguido que es el esquirolaje, titubearon antes de vestirse sus fraques. Fue preciso que les coaccionara la encargada:

—Ustedes son muy dueños de hacer lo que les venga en gana; pero luego se atenderán a las consecuencias.

Después de un breve debate se ha acordado por los camareros la entrada al trabajo.

—En caso de que nos obliguen, nos largamos, y en paz —dice Cañete, que parece el dirigente del grupo.

Cañete está muy serio. Desde su breve diálogo de ayer no ha vuelto a cruzar palabra con la encargada.

La encargada está en su puesto, como siempre, detrás de la caja registradora. Más pálida y hermética que de ordinario. Tiene algo inflamado el labio superior.

Los camareros han empezado a levantar el polvo del salón.

Las chicas de la pastelería aparecen inquietas. El menor movimiento en el exterior las hace estremecer. Sobre todo a Antonia.

—¡Mira que no dejarla a una ni trabajar tranquila!

—Bueno: ¿entonces, si vienen a sacarnos, qué? —pregunta Laurita.

—Pues si vienen tendremos que irnos —opina Matilde.

—¿Nosotras también?

—Es claro.

Matilde es de opinión que los camareros no han debido de aguardar a ser presionados por los huelguistas para mostrarse solidarios con el movimiento. Antonia recuerda entonces la amenaza encubierta de despido de la encargada.

—El que más y el que menos tiene mujer e hijos que mantener.

—Sí; pero los otros, los huelguistas, también tendrán hijos y mujeres.

Matilde preconiza la solidaridad, la unión de los trabajadores. Sin la unidad en la acción no se consigue nada. Ocurre igual con las peticiones de aumento de salarios, unos son solidarios y otros no; y es natural, en esta situación de cosas, el que habla es el que pierde. Así salen las cosas. «Solidaridad. Solidaridad y a la cabeza». Estas palabras pertenecen al «parado» vecino de Matilde. «Ése sabe bien lo que se dice». Y tiene razón que le sobra.

—Por ejemplo: nosotras, aquí —dice Matilde—, nos pasamos la vida gruñendo por la miseria que ganamos; pero no nos preocupamos por ganar más. Y con hablar por detrás no se arreglan las cosas. Tiene que haber solidaridad.

—Yo lo que digo —dice Antonia— es que siempre se ha visto que el que habla es el que pierde.

—Conformes —dice Matilde—. Pero si se amparasen en un sindicato, si se unieran, entonces podrían exigir.

—Y no admitirían los jefes a los sindicados —interviene Laurita.

—Sí, ya lo creo. Además, figúrate que todos, absolutamente todos los jornaleros de todos los gremios, estuviesen asociados; ¿qué iban a hacer en ese caso?

Laurita no contradice a Matilde. No se le ocurre de momento algo oportuno. Tampoco le interesa buscarlo. Tiene bastante con «lo suyo». Ayer tarde «casi se le declaró» el galán de la tertulia. Ocurrió de un modo muy vulgar, que a ella le pareció originalísimo. Al marcharse le tendió una revista de *cine*, al tiempo que le dijo: «Me alegraré de que la encuentre interesante, señorita». Dentro de la revista había una tarjeta de visita, de un tono hueso, transparente, que tenía escrita a lápiz una sola línea: «¿Cuándo podré acompañarla al *cine*?». Esto la tiene a Laurita sobremanera inquieta. En su cartera guarda una carta color rosa, en la que ha escrito con gran cuidado: «Hasta dentro de quince días no tenemos “salidas”; entonces, si sigue usted pensando igual...». Y está encantada de su ingeniosa respuesta. Sobre todo, la ocurrencia de dejar la frase inconclusa y la hilerita de puntos suspensivos se le antoja de una novedad sorprendente. La próxima vez que venga al salón le devolverá el periódico, diciéndole: «Muchas gracias. Su revista

está muy bien». Con lo de «muy bien» no está muy conforme Laurita; pero por mucho que se ha estrujado los sesos no se le ha ocurrido algo más singular. «Lo estupendo sería que los huelguistas nos hicieran cerrar esta tarde y no le pudiera devolver el periódico». Esta perspectiva inquieta a Laurita, excita sus nervios, la empuja de un lado para otro, le pone en la boca frases sin sentido.

Antonia, anchota, blanda y colorada, no entiende gran cosa las consideraciones de Matilde, que le parecen enmarañadas y confusas; no sabe qué es eso de «solidaridad». Lo único que entiende —por lo que le atañe— es lo que se refiere al menguado salario que perciben en el salón de té. Pero adivina razonables las palabras de su joven compañera.

—Sí. Verdaderamente...

Antonia siente predilección por Matilde; admiración por su clara visión de las cosas, por su sinceridad valiente, que le ha valido desde el primer día el respeto de la encargada: «Esa escuerzo». (Antonia es mucho más comedida para colocar adjetivos a su jefa inmediata que la vieja asistenta).

En cuanto a Marta, tiene bastante preocupación con el asunto de «la peseta» de ayer. La huelga le tiene sin cuidado. Ella hará lo que hagan las demás. Cuando llegó hoy, saludó con miedo a Antonia. Si le hubiera correspondido Antonia al saludo un tanto indiferente, hubiera pensado al momento Marta: «Ya lo sabe». Pero Antonia la recibió sonriente, cordial como de costumbre. Y le trajo «su» botellín de leche. Pero Marta no está conforme con esto. Por cerciorarse de que no fue descubierta la falta de la peseta, le pregunta a Antonia: «¿Usted hace la cuenta del día, Antonia?». «Sí». «¿Por la noche?». «Sí; antes de marcharme». Marta puede estar tranquila. Además, una peseta se extravía muy fácilmente. También puede ocurrir que se dé por equivocación a algún cliente en el cambio. Hay muchas maneras de justificar la falta de una peseta. Marta puede estar enteramente tranquila. Pero no lo está. Aún pasan dos horas más hasta que Marta se recobra.

Las chicas están toda la mañana hablando de la huelga.

Los camareros, también.

Hacia las doce del día, «el ogro» aparece inesperadamente en el salón. Viene de prisa. Trae el sombrero en la mano, contra su costumbre. Sin saludar, se dirige a la encargada:

—¿No hay novedad?

—No, don Fermín.

—He visto cerradas dos o tres casas.

—Pues aquí, hasta ahora, no ha ocurrido nada.

—También creo que hay rotos por ahí varios escaparates. La gente todo quiere conseguirlo a la fuerza bruta.

Pasea una mirada por el salón.

—Me voy arriba.

—Está bien, don Fermín.

La encargada sonrío a «el ogro» de un modo servil y repugnante.

Laurita no deja de pensar: «Como nos hagan cerrar, me hacen la pascua».

Cerca de la una de la tarde se ve llegar a un grupo de hombres —¿huelguistas?— ante la puerta. Se les advierte hablar entre sí y luego avanzar a dos de ellos hasta el interior del salón de té. Se dirigen a la encargada.

—Buenos días. ¿Quién es el encargado?

—La encargada soy yo.

—Venimos a invitarles a que se unan a la huelga.

—El personal de la casa no está asociado.

—No importa. Se trata de un acto de protesta colectiva del gremio por la detención de unos compañeros. Aquel de nosotros que no se haga solidario, sea sindicado o no lo sea, será considerado esquirol.

El que habla mira a los camareros de turno —tres—, que permanecen agrupados cerca de la cocina. Les reta.

—Nosotros...

Comienza Cañete.

La encargada sube a imponer a «el ogro» del incidente.

Mientras, la comisión que acaba de llegar parlamenta con los camareros.

Los camareros del salón dicen que están de acuerdo con sus compañeros de gremio; pero cada cual se muestra reacio a abandonar su puesto. El miedo a perder el menguado salario paraliza las voluntades y los miembros de todos.

Las muchachas están pendientes de la decisión de los hombres. Pero éstos parecen no acabar de llegar a un acuerdo. Aunque sus palabras llegan muy confusamente a la pastelería.

«El ogro» aparece en la escalera, seguido por la encargada.

—Mi personal no tiene nada que ver con la huelga; no son asociados —grita.

—Bueno —dice uno de los dos obreros que constituyen la comisión—: nosotros hemos cumplido con nuestro deber; ahora, ellos verán.

Se marchan. Se agregan al grupo que espera a la puerta del establecimiento, para permanecer allí apostados, amenazadores.

«El ogro» vuelve a chillar, con su voz atiplada:

—Yo quiero a la gente cuando la necesito. De manera que ya lo saben: el que abandone su puesto puede darse por despedido.

Da media vuelta y vuelve a subir a su despacho.

La encargada pasa a su mostrador y habla con Paca.

Los camareros están sobreexcitados.

—Bueno: no hay derecho a que le pisen a uno así.

—Esto es ponerle a uno el puñal en el pecho.

—¡Bueno: entre perder la casa y que le den a uno un palo! —dice Cañete.

Pero ya está ahí en la escalera «el ogro».

Otro grito:

—Váyanse todos y vuelvan mañana.

—¿Las muchachas también, don Fermín? —pregunta la encargada.

—También.

(«Me partió», piensa Laurita).

—¿Y se cierra entonces, don Fermín?

—¡Claro que se cierra! ¿Quiere usted que me ponga yo a despachar al público?

La encargada inclina la cabeza, humillada.

Los camareros pasan a la cocina. Cuando regresan traen puestos los trajes de calle.

Las dependientas van pasando a la cabina.

Laurita está muy disgustada. La carta rosa permanecerá en el anónimo de su cartera aún unas horas (¿cuántas?).

Marta se ha tranquilizado respecto al asunto de «la peseta», completamente. En su poder existe la seguridad de diez viajes «Red de San Luis-Guindalera», y viceversa.

Matilde va hacia la cabina lentamente. Por el camino se desabrocha el cinturón del uniforme y lo va enrollando. «El que se vaya puede darse por despedido». Y todas las cabezas, aun las encanecidas en el trabajo monótono y pesado del salón de té —Antonia—, cuyos derechos de explotada no están reconocidos, se agachan medrosas. Habla el enemigo, a quien se odia y se teme, y de quien no se puede prescindir. Habla autoritario, soberbio. Seguro de ser obedecido. Seguro de la sumisión absoluta de «su» personal. Él es la gran llave del estómago de cada uno de aquellos débiles seres y cada chiquillo de cada mujer inherente a tales seres infortunados. Es el enemigo que a veces hace demagogia de ocasión: «El patrono y el obrero son un solo cuerpo». (No tiene en cuenta que lo que él come no le nutre al complemento de su cuerpo —el jornalero—). El enemigo está viendo durante un cierto número de años —muchos, por lo general— el torso encorvado de «su» cuerpo; encorvado por la penuria, humillado. Una vez advierte que en sus sienes hay pelos blancos, que sus miembros enmohecen. «Tú ya no me sirves». Y a otra cosa. Ahí se queda el pobre cuerpo, con su vejez sobre la espalda. «Ya no me sirves». Ya no es «su» cuerpo. Si se hubiera tratado de su cuerpo, de su organismo auténtico, y no de una metáfora ocasional y vil, por lo embustera, el enemigo hubiera reaccionado de distinta manera. ¡Bah! Esto no es nada original. Esto no lo ha dicho sólo el vecino «parado» de Matilde; lo han dicho al cabo de los siglos, a lo largo de muchos siglos, millones de millones de oprimidos, en

todos los idiomas y matices de voz. «Váyanse todos y vengan mañana». Un suspiro alivia la inquietud en todos los pechos. De pronto se siente la alegría de aportar el granito de arena personal a la causa de la clase a que se pertenece. Ya no se piensa en el hermano de gremio como en la cosa enemiga, que «coacciona», que «empuja al arroyo», «al hambre». Ahora es el hermano de ruta, el luchador noble, el brazo del gigante bajo cuyo cerebro está escrito el destino de los eternamente explotados. Sí; ¡qué hermosa es la solidaridad! ¡Viva la solidaridad! No. Somos unos cobardes. No hemos hecho más que seguir las órdenes del amo. Obedecer fielmente al amo, como siempre. Fielmente, como perros cochinos, como perros repugnantes. Si él nos lo hubiera mandado nos habríamos quedado en el salón, hubiésemos hecho traición al hermano; incluso hubiéramos arrojado del local al hermano, a escobazos o puntapiés. En casa están la mujer y los hijos.

Sobre los huecos de los escaparates caen con estrépito los cierres metálicos.

A la puerta está el grupo de huelguistas. Cuando los empleados del salón de té aparecen en la puerta, los huelguistas lanzan varios prudentes vivas a la solidaridad y a la fraternidad proletaria.